

RICARDO,
QUÉ BUENO QUE NO FUISTE

Ricardo Méndez Silva



Las grandes vocaciones surgen a menudo de modo aleatorio. Al final del cuarto año de mi carrera de Licenciado en Derecho en la UNAM, mis padres me enviaron en diciembre y enero a Long Island, Nueva York, con una familia amiga. A fin de inscribirme en el quinto año de la carrera, le pedí a un compañero, Marcelo Sallés, que realizara el trámite de mi inscripción para el último año de los estudios. Sobre la materia optativa le pedí que fuera la misma que él seleccionara. Así ocurrió, eligió Derecho comparado, que impartía el doctor Roberto Molina Pasquel, director de un Instituto misterioso de Derecho Comparado de la UNAM, ubicado a las afueras de la Facultad de Filosofía y Letras.

Los cursos entonces se extendían a lo largo de todo el año. La materia de Derecho comparado no despertaba gran atractivo y fuimos tan sólo cuatro los alumnos: Patricia Kurczyn, a quien conocía de vista, pues no pasaba desapercibida entre el alumnado, Marcelo y su novia Margarita. Transcurrió el año escolar y a su conclusión invitamos a cenar al profesor Molina Pasquel, quien aceptó amablemente. La cita fue en el restorán de la tienda Liverpool, ubicada en la esquina de Insurgentes y Félix Cuevas. En cierto momento que el profesor se levantó de la mesa, Patricia, con quien no había más que relación en las horas de clase, me dijo “Estoy trabajando en el Instituto de Derecho Comparado que dirige nuestro profesor, hay una vacante de auxiliar de investigador, dile que te nombre”. Cuando retornó me invadió la timidez y permanecí callado, Paty entró al quite y le comentó a don Roberto: “Le decía

a Ricardo que hay una vacante de ayudante de investigador en el Instituto y que él sería un buen candidato para ocuparla”. Contestó ufano: sí licenciado, vaya usted, dejaré instrucciones para que le hagan un examen.

Acudí temeroso a la cita, en unos cuantos días resultaba imposible repasar toda la carrera. He olvidado quien me atendió, pero por fortuna el examen consistía en elaborar una ficha informativa sobre el *Diario Oficial* de alguno de los países que los remitían. Fui contratado, sin sospechar que mi vocación se enfilaría hacia los quehaceres académicos. El Instituto era notoriamente pequeño, tal vez cinco o seis investigadores, obviamente Niceto Alcalá-Zamora, a quien guardo agradecimiento, y entre ellos, Modesto Seara Vázquez, que había sido mi profesor en la materia Derecho internacional y me estaba dirigiendo la tesis profesional, quien, por añadidura, me llevaría a dar clases a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la cual, yo llegaría a ser director. Los asistentes éramos Leonor Díaz Jardines, algo mayor que nosotros, Paty, obviamente, y Rolando Tamayo, de la generación sesenta y dos de abogados, uno de los mejores alumnos de esa promoción. Al igual que con Paty surgiría con él una amistad que perdura hasta la fecha.

Mi ingreso al Instituto fue a finales de 1965 cuando no tenía la más mínima idea de lo que sería mi vida profesional. El mayor apoyo que tuve fue la Biblioteca, ya desde entonces estupenda, que no ha cesado de expandirse cualitativa y cuantitativamente, ha sido el eje formativo de quienes ahí hemos estado. La dirigía, en calidad de bibliotecario, Eugenio Hurtado, dueño de una gran memoria y servicial al último límite, pues nos auxiliaba a localizar los libros de nuestro interés, permanecía atento a los nuevos arribos bibliográficos relacionados con nuestros temas. Un día me dijo: “en el *International and Comparative Law Quarterly* viene un artículo sobre tu tema”. En otra ocasión me dio la indicación de una cita que en un rato se me olvidó, y no sin pena regresé, me dijo de memoria, “tu cita se encuentra en la página 114”.

Sustituyó a don Roberto en la Dirección el maestro, Héctor Fix-Zamudio. Fue director doce años, pues entonces las gestiones directivas eran de seis años y se permitía una redesignación. Esa docena de años fueron definitivos para el proyecto iniciado en 1940 en un salón sencillo del edificio de San Ildefonso, en el centro de la Ciudad, auspiciado por Felipe Sánchez Román, uno de los españoles que llegaron a raíz de la Guerra Civil.

Cuando entré, el Instituto ya había ganado prestigio, se publicaba el *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*. Me complace señalar que la relación con el personal administrativo era de confianza y muy afectuoso. Entre los investigadores se encontraba Sergio García Ramírez, quien también destacaría en los círculos políticos del país. Jorge Carpizo, de la generación sesenta y

tres de abogados, era becario en la Coordinación de Humanidades con Mario de la Cueva y bajaba a tomar café con nosotros. Llegó a ser rector y promovió el área de la Universidad que se conoce como la Ciudad de la Investigación en Humanidades y bautizó al circuito con el nombre de Mario de la Cueva. Ya se encontraba localizada ahí la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, pero es de subrayarse que del área de investigación, el primer edificio que se hizo fue el del Instituto de Investigaciones Jurídicas. Vendrían luego los de Estéticas, Investigaciones Sociales, Investigaciones Filológicas, la sede de la Coordinación de Humanidades, desarrollo que fue concebido por Jorge.

Un recuerdo muy personal; el gobierno de Díaz Ordaz estaba desesperado por acabar con el movimiento estudiantil del 68, sobre todo por la proximidad de las Olimpiadas. Todo el campus cerró, pero el Instituto continuó trabajando, dejábamos los automóviles a la entrada de la Universidad, por Insurgentes. Empezó a correr el rumor de que el Ejército entraría a la Universidad. Inclusive una noche fue Mario de la Cueva a la Universidad, pretendía que se lo llevaran también detenido junto con las personas que se encontraran en su interior, como crítica al Ejecutivo. La furia represiva de Díaz Ordaz estaba en su apogeo. En el edificio de la Suprema Corte de Justicia de la Nación hay un mural alusivo a la persecución de los jóvenes por los tanques desde el Zócalo hacia lo que es ahora el Eje Central. Un buen día, o mejor dicho, un mal día, efectivamente se dio la ocupación de la Ciudad Universitaria. A tales extremos ofensivos y desesperantes se llegó. Una mañana, un amigo, López Lozoya, de la Facultad de Derecho, me llamó por teléfono, exclamé muy apenado “Perdón, se me olvido ir a tu examen profesional”. Repuso “¡Qué bueno que no fuiste, ayer entró el Ejército a la Universidad!”.